

UN DÍA SE SABRÁ

Monica Rehn

Traducción: Julieta Brizzi

MÖTUS

PRÓLOGO

ELLA FUE EL ORIGEN DE mi enfado. Su pasividad constituyó el germen de la ardiente ira que rotaba a mi alrededor. La furia que poco a poco me ahuecaba por dentro. Me ha transformado en una cáscara.

El sentimiento de vacío, mi tiempo de espera, ha durado mucho. He encontrado la nada. En un terreno limítrofe entre lo que ocurrió y lo que ocurrirá, o lo que debe ocurrir. Han puesto a prueba mi resistencia. He comprobado que mi talento para soportar el dolor es aún más fuerte. Sé que cuando pase a mi nuevo estado y abandone mi tiempo de espera, se llenará mi vacío interior.

Pero primero se debe eliminar lo viejo para darle lugar a lo nuevo. Fue él quien me lo enseñó. Dijo que era una especie de ley natural. La primera vez que lo mencionó yo aún no era adulta, tenía trece o catorce años. En ese momento no entendía lo que quería decir, pero luego se volvió claro como el agua. Necesito hacer en la realidad lo que ya he hecho en mis fantasías.

CAMPAMENTO DE BOY SCOUTS, 1996

Jonathan

GRISES Y SUCIOS NUBARRONES FLOTABAN por el cielo y abrían paso al sol de la mañana. Brillaban gotas de agua sobre el césped que crecía a lo largo del camino asfaltado. El aparcamiento no era más que una superficie plana y llena de charcos donde aún perduraba la lluvia del aguacero nocturno sobre el terreno fangoso.

Jonathan repasaba la lista de nombres. Conocía bien a seis de los niños. Había dos hermanos que eran nuevos. La pequeña recién llegada, Klara, había salido del coche muy segura y se reunió con los demás niños. Sus trenzas se movían mientras saltaba con ambos pies por encima de las profundas huellas de los neumáticos. Lucía una camiseta descolorida de los Boy Scouts que colgaba de sus delgados hombros. La misma prenda que, según contaba con orgullo, le había regalado su tía, quien los llevó hasta allí a ella y a su hermano Peter. Entre los matorrales de zarzamoras y con la cabeza gacha, Peter espiaba a los otros niños por debajo de su flequillo.

Jonathan trataba de hacer señas al niño, pero él solo le daba la espalda y encogía los hombros.

Jonathan lanzó un hondo suspiro y se dirigió hacia él.

—Hola, Peter. Me llamo Jonathan Sandberg y ese es David Bergman. —Señaló a David, que estaba sacando la mochila del maletero del Saab 99, comprado recientemente para celebrar sus dieciocho años. El óxido había carcomido gran parte de los guardabarros y del sistema de escape, hasta llegar a la pintura verde aguacate.

El niño se acercó con la cabeza baja y toqueteando un cuchillo que tenía en el cinturón.

—Nosotros somos los guías de la excursión —continuó Jonathan—. Vas a poder aprender muchas cosas emocionantes. Ven, vamos con los demás. —Puso una mano sobre el brazo de Peter. El niño quedó inmóvil ante el contacto, dio un paso atrás y lo miró sombríamente antes de volver a bajar la mirada.

—¡Atención, patrulla exploradora! —gritó David. Se puso en cuclillas y miró a los niños que se acercaban en ronda alrededor de él. Dentro de una semana terminarían el receso de verano y comenzarían cuarto o quinto grado. Desplegó el mapa y señaló dónde se encontraban: en el aparcamiento del camino que iba entre Nynäshamn y Torö. Su dedo índice siguió la línea punteada que atravesaba el bosque y se detuvo donde se extendía el lago Fjätter con su silueta de reloj de arena—. Aquí se encuentra la cabaña, que es adonde vamos. Dejaremos el equipaje y luego iremos a juntar leña para hacer el asado de esta noche. Podrán aprender a talar y a usar el hacha.

La cabaña era como un segundo hogar para David y Jonathan. Conocían cada metro cuadrado del terreno alrededor del lago y eran capaces de pasarse horas sentados en las losas de roca con sus prismáticos para observar a los halcones. La noche anterior habían llevado hasta allí agua potable en

bidones y habían enterrado una caja de hojalata con ocho insignias de tela en forma de cuchillo. Por la mañana les darían un mapa a los niños para iniciar la búsqueda del tesoro. Durante la primavera habían aprendido a labrar y a manejar el cuchillo. Todos eran expertos, excepto los hermanos recién llegados.

—¡Peter, ven a mirar el mapa! —gritó Jonathan al niño que aún estaba de pie rasgando el tallo de una hierba.

—Hay que caminar un poco. Jonathan y... —David señaló al pequeño Erik, que se paró derecho y sonrió tanto que enseñó sus dientes delanteros—. Tomen la delantera y muestren el camino; yo me quedaré último para que nadie se retrase —continuó, y se puso de pie—. Recojan las mochilas y prepárense. —Se acercó a Jonathan y le dijo en voz baja—: ¿Qué vamos a hacer con el nuevo?

—Esto no va a funcionar —dijo Jonathan—. ¿Llevo al muchacho a casa? Las ancianas del servicio social no pueden decidir a quién debemos llevar con nosotros.

—Maldito Hans Åke —dijo David, y echó una mirada al muchacho.

Jonathan suspiró. Unos días antes, los había llamado Hans Åke Karlsson y les había dicho que llevaran a los hermanos. Estaba claro que su suegra, que trabajaba en el servicio social de Nynäshamn, había recurrido a él para que llevara a los niños recién llegados. Jonathan supo instintivamente que sería un problema, pero no se atrevió a cuestionar al director de la junta de Boy Scouts.

—¿Nos vamos? —gritó Lisa.

—Enseguida —respondió Jonathan, y le hizo un gesto para que esperara con los demás niños. Luego miró a David a los ojos—. El niño ni siquiera sabe nadar y nunca ha estado en los Boy Scouts. Mierda. ¿Llamamos a Hans Åke?

—Mamá no nos ha dado el móvil.

—Maldición.

—Podemos intentarlo. Ve antes tú. —David se volvió y gritó alegremente—: ¿Listos?

—¡Siempre listos! —gritaron los niños a coro. Se colgaron las mochilas y se pusieron en fila.

Jonathan comenzó a abrirse paso entre los altos pastizales en dirección al bosque. Cuando miró sobre el hombro vio que Peter se movía lentamente por el aparcamiento lleno de fango.

Jonathan sintió un agradable frescor cuando caminó bajo las copas de los árboles. Se enrolló las mangas de la camiseta y buscó el repelente de mosquitos en su bolsillo delantero. Se vertió el líquido en las manos, alrededor del cuello y en las mejillas y la frente. Erik estiró la mano y tomó el repelente, repitió el procedimiento y luego le arrojó el frasco a Lisa.

Jonathan respiró el aroma acre que asociaba con la libertad. Los Boy Scouts eran lo suyo. Se libraba de su hermano, que estaba más interesado en jugar al hockey y en ir detrás de las chicas. Se libraba de las quejas de su padre acerca de todo lo que debería hacerse en casa. Su hermano gemelo, Fredrik, siempre desaparecía en cuanto el viejo decía que necesitaba ayuda para limpiar el barco, cortar el césped, pintar la casa y lo que fuera que siguiera en su interminable lista. Todas las cosas de las que la mimada hermana menor, Louise, lograba escaparse por ser la favorita de papá. Y se libraba de su madre, que permitía a Fredrik faltar a la escuela a pesar de que no estuviera enfermo. Su hermano tenía varias faltas de asistencia todos los meses, no porque enfermara sino porque era un holgazán. Jonathan apenas podía recordar un solo día que hubiese faltado a la escuela, excepto la vez que fue con la clase de quinto grado de Svandammsskolan de excursión a Lövhagen. Fue con otros niños a escalar una montaña. Cuando iba a bajar, resbaló, se hizo una herida en la espalda y puso un pie en una grieta para sostenerse. Se fracturó la pierna en dos sitios y tuvo que andar con muletas durante varios meses. Cuando

Fredrik tuvo que hacer por tercera vez el examen teórico para obtener la licencia de conducir, su madre le pidió que hiciera la prueba por él.

—Debes pensar en tu hermano, para él no es tan fácil como para ti —le dijo una noche de primavera, sentada a su lado en el borde de la cama—. Debes mostrar un poco de compasión por tu hermano, nadie se dará cuenta de nada.

Tras recorrer los primeros kilómetros, Jonathan se detuvo y se giró para ver si toda la pandilla lo seguía. Los niños saltaban las raíces de los árboles, imitaban el canto de las palomas del bosque y se reían con alegría. David subió el pulgar y señaló al niño nuevo, que iba delante de él. Jonathan, como respuesta, sonrió con esfuerzo, se volvió y continuó caminando con la mirada en la espalda de Erik. El sudor hacía que la ropa que llevaba pareciera un pañuelo de papel mojado. Se frotó la frente con las mangas de la camiseta para espantar algunas moscas obstinadas.

El camino se dividía. Erik se detuvo, miró perdido a Jonathan y luego el mapa. David y los demás niños se dieron cuenta y se reunieron alrededor de Erik.

—Hacia allí —dijo el niño después de un momento, señalando decidido, con el brazo en alto, hacia el camino que descendía a lo largo de la costa. Los demás corrieron detrás de él y pronto se perdieron de vista.

—Creo que todo irá bien con el chico —dijo David, y sonrió triunfalmente a Jonathan.

Sin responder, Jonathan se volvió y continuó caminando por el sendero. Mientras tanto, el sol se abría paso entre los árboles e iluminaba los helechos que había en la pendiente. Un poco más lejos vislumbró la pequeña cabaña de Boy Scouts en el promontorio. La fachada se había ennegrecido y en la parte que daba al norte las uniones de la madera se habían vuelto verdes.

Se quitó la mochila con un movimiento rápido y la apoyó en uno de los troncos que había alrededor de la fogata, frente a la playa. Se oía el crujido de las cañas en el viento.

—¿Cuándo nos bañaremos? —preguntó Lisa entrece-
rrando los ojos por el sol.

—Yo quiero pescar —dijo Erik. Sus mejillas pecosas se
sonrojaron.

—Tranquilo, llegaremos a hacer todo.

Jonathan se dirigió hacia la cabaña, que se encontraba al norte del bosque, a unos veinte metros de la fogata. Sacó unas llaves del bolsillo delantero y subió las escaleras. Abrió el candado, levantó la viga de la puerta exterior y entró. La oscuridad emanaba un olor a cerrado. Continuó hasta la parte trasera, quitó la cubierta de la ventana y regresó al interior de la casa. Había una alfombra sucia extendida descuidadamente sobre el suelo de tablones, y a lo largo de la habitación se encontraban las austeras literas. Tres pilas en cada sector, en total nueve. Un espacio demasiado pequeño. Había colchones que estaban encajados entre las literas y la pared de la chimenea, pero él pensaba montar su tienda de acampar frente a la casa y dormir allí; le tocaba a David quedarse de guardia.

Se oyeron pasos en la escalera; Jonathan vio al niño nuevo parado en el umbral de la puerta, con la mochila en la mano.

—Tienes suerte. Eres el primero para elegir cama.

—¿Vamos a encender fuego ahí? —Peter señaló la destar-
talada chimenea de hierro.

—Un poco más tarde, antes de acostarnos.

El niño buscó en su mochila un saco de dormir. En algunas partes sobresalía la pelusa sintética de pequeñas rasgaduras en la tela.

En el recibidor, Jonathan tomó un taburete que estaba debajo de la fila de perchas para los abrigos. Salió y abrió la trampilla del desván. Un olor agrio y pegajoso le penetró por

las fosas nasales. Tomó el hacha que había allí arriba y se la dio con la empuñadura por delante.

—Toma.

Peter sujetó el hacha con ambas manos y la arrojó al suelo con un ruido sordo.

—Allí va la sierra —continuó Jonathan. Bajó una bolsa de plástico y volvió a cerrar la trampilla. El niño lo siguió, interesado, luego se sentó en el taburete y miró dentro de la bolsa.

—Esto lo puedes guardar. —Le dio al niño una botella de gasolina—. Tal vez necesitemos combustible extra cuando hagamos fuego esta noche. —Y señaló el lugar de la fogata junto al lago. Pero el niño lo miraba sin entender—. Por si no logramos que las brasas ardan. Para un verdadero Boy Scout es hacer trampa, pero ha llovido durante varias semanas.

Peter colocó la botella en el estante, junto a varias filas de conservas de pastas y salchichas, mostaza y ketchup, una bolsa con cajas de cerillas, sal y especias.

—Ahora iremos afuera con los demás. —Jonathan levantó el hacha y la sierra del suelo. Parpadeó cuando salió de la sombría cabaña. El lago brillaba, y en el otro lado el bosque se extendía como un muro de oscuridad.

David estaba en la playa, un poco más lejos, con los brazos en el agua. Subió una mano y gritó.

—Ven —le dijo Jonathan corriendo hacia los demás. Peter iba detrás, pero se detuvo inmediatamente cuando vio un crustáceo negro.

—Se pondrá muy rojo cuando lo hierva. —David sostenía un cangrejo que se sacudía.

—No me quiero bañar —dijo Klara haciendo una mueca, y se llevó las manos delante de la boca.

—Los cangrejos viven debajo de las rocas y no pueden hacerle daño a nadie. ¿Quieres verlo? —David lanzó el cangrejo a Jonathan y se arrojó al agua.

Los niños chapoteaban entre fuertes chillidos. Todos, menos Peter.

—¿Quieres bañarte? —le preguntó Jonathan al niño, que estaba inclinado sobre una roca y con cuidado ponía el cangrejo en el agua.

Peter negó con la cabeza.

—¿Y si me baño contigo?

El niño, con la cabeza baja, escarbaba en la tierra con un pie.

—¿Le tienes miedo al cangrejo?

Peter miró hacia arriba.

—No, no quiero —dijo, y toqueteó el cuchillo en el cinturón.

—¿Qué me dices entonces si hacemos algo con eso? La prueba del cuchillo, como decimos los Boy Scouts.

El niño movió la cabeza negando y cerró la boca. Una insinuación de alegría brilló en sus ojos.

—Daremos una vuelta por la playa. Más lejos hay sauces, y tienen una buena madera para tallar.

Rodeados por la oscuridad, se sentaron alrededor de la fogata. Los niños habían pinchado malvaviscos en largas varas de madera y los chamuscaban en las brasas. A pesar de todo, el día había resultado como esperaban. Sin contratiempos, excepto que Klara resbaló con el cuchillo y se hizo un corte en el dedo índice. La herida fue profunda, salió mucha sangre y Lisa lloró cuando la vio. La propia Klara apenas se inmutó, sin más que un sollozo, y permitió que Jonathan le vendara la herida. Así y todo, pasó la prueba y tanto ella como su hermano recibirían al día siguiente su certificado para el uso del cuchillo. Peter había estado la mayor parte del tiempo con Jonathan y ni siquiera había pronunciado palabra, pero sin protestar, había arrastrado ramas pesadas por el bosque y talló un silbato que, según dijo, le regalaría a su mamá.

Lisa y Klara se sentaron juntas, cubiertas por un saco de dormir que caía sobre sus hombros. Explotaban en ataques de risa cuando Erik bostezaba cada tanto emitiendo diferentes sonidos.

—Esta es la última ronda de malvaviscos, luego a lavarse los dientes y a la cama —dijo Jonathan mientras repartía las últimas bolas de azúcar.

La cabaña estaba a oscuras y helada. Jonathan tomó una cerilla y encendió la lámpara de querosén que estaba en la pared. Luego continuó llenando la cesta con la leña que estaba apilada a un lado. Cuando volvió a entrar, colocó tres leños en la chimenea, encendió algunos palitos secos y dejó que la llama creciera para después colocarlos dentro. La habitación se llenó de un humo gris. Pronto cerró la compuerta. Encontró una linterna en el bolsillo del pantalón, alumbró los estantes del vestíbulo y constató que el lugar donde solía haber periódicos viejos estaba vacío. Sacó una tela de plástico. El humo voló por la habitación cuando lo abanicó, pero finalmente encendió.

Peter entró y se sentó en la cama reservada.

—Puedes usar tus ropas como almohada —dijo Jonathan mirando al niño, que intentaba bajar la cremallera del saco de dormir. El tirador se atascó después de un corto trayecto. Jonathan alumbró con la linterna y comprobó que ni la violencia ni la suavidad darían resultado con la cremallera rota—. Puedes deslizarte dentro del saco.

Peter metió los pies en el saco y comenzó a introducir las piernas, pero se detuvo cuando llegó a las rodillas.

Jonathan oyó un sollozo y se sentó en cuclillas frente al borde de la cama.

De un tirón, Peter se arrancó el saco y lo pateó hacia el extremo de la cama.

—No hay problema, hará mucho calor aquí dentro. —Jonathan se levantó con la mirada fija en el niño, que se

acurrucó en el colchón y le dio la espalda. Le temblaban los hombros. Jonathan se quedó inmóvil un momento sin saber si debía consolarlo. Extendió el brazo, pero se detuvo a mitad de camino.

Los demás niños estaban lavándose los dientes junto a la playa. David estaba sentado en la escalera, hurgando en su mochila. Algo pareció brillar cuando tomó una botella de vodka, desenroscó la tapa y la inclinó para beber.

Jonathan negó con la cabeza.

—¿No hemos hablado de eso?

—Es solo para calentarme. —David sonrió y rápidamente volvió a llenarse la boca.

—No les muestres la botella a los niños. Si Hans Åke se entera de esto... —Jonathan lo miró un buen rato—. ¡Que duerman bien! —les dijo a los niños, que entraron corriendo a la cabaña entre risas y gritos. La luna comenzaba a salir entre las copas de los árboles del otro lado del lago. El fuerte canto de la gavia ártica le provocó un escalofrío. Sintió la mano de David en la espalda.

—Iré a acostarme un rato con ellos y regresaré cuando estén dormidos. ¿Quieres? —David le pasó la botella.

Jonathan la tomó por el cuello. Cuando la puerta se cerró, le dio varios sorbos. Sintió un agradable ardor en la boca. El alcohol se expandió por su cuerpo como fuegos artificiales. Bebió un poco más, hizo una mueca y se acercó a la fogata. Puso algunos leños gruesos sobre las llamas y se sentó.

Observó hipnotizado cómo las llamas subían como lenguas amarillas hacia el cielo nocturno. Pero pronto los pensamientos se alejaron y se lanzó como un robot automática sobre la botella que estaba a sus pies. La primera vez que bebió alcohol estaba en séptimo grado y fue justo en ese lugar. David le había robado una botella de aguardiente a su padrastro. Estaban solos en la cabaña y tenían permiso para pasar la noche allí. Cuando David regresó a la escuela después

del fin de semana, tenía un ojo morado. Después de eso, era Jonathan quien siempre traía algo de la bodega de sus padres. Recordaba cómo la bebida le anestesió completamente la mandíbula, pero el efecto... ¡Ah! Con el primer trago se enamoró inmediatamente.

Sin apartar la mirada de las llamas, volvió a inclinar la botella.

La puerta exterior crujió; Jonathan se volvió y vio a David, que caminaba hacia él. Se desperezó y bostezó para luego tumbarse a su lado.

—Estaban cansados —dijo. Levantó la botella, bebió un sorbo y la sostuvo. En el brillo del fuego, Jonathan vio que habían consumido la mitad. Sentía la frente y las mejillas tensas por el calor.

Se sentaron en silencio mientras oían el crujido y los chasquidos.

Después de un momento, Jonathan se quitó la camiseta y los pantalones. David también comenzó a quitarse la ropa. Jonathan dio unos pocos pasos hacia la playa tambaleándose. El aire estaba frío. Miró hacia la enorme luna de agosto, que había llegado a lo más alto del bosque y brillaba en el terciopelo negro del cielo.

Observó a su amigo y sonrió. David tenía los antebrazos bronceados un poco más allá de los codos. También el rostro y la nuca. Sus pies estaban blancos como la tiza, sus hombros y su torso parecían fluorescentes a la luz de la luna. La escasa pigmentación de su piel mantenía a Jonathan siempre blanco; la única reacción que el sol lograba provocar en él era un espectro de diferentes matices rosados.

Chapotearon. El agua estaba hermosa y cálida, más que el aire saturado por el frío. Jonathan se zambulló, y se estremeció cuando el agua le entró en los oídos.

—Nademos hasta el otro lado —le dijo David cuando salió a la superficie.

Jonathan echó un vistazo a la cabaña. No salía humo por la chimenea. La madera húmeda debía de haberse apagado. Todo estaba en silencio excepto el crepitar de la fogata.

—Duermen como troncos —continuó David—. Vamos.

Jonathan negó con la cabeza.

—Vamos, no tardaremos más que un minuto.

Jonathan miró hacia la playa del otro lado. No eran más que sesenta metros.

—Cobarde —continuó David, y se rio. Se apartó el cabello oscuro de la frente—. Vamos, debilucho.

—¡Cállate! De acuerdo, al otro lado y volvemos. El primero gana. —Con todas sus fuerzas, comenzó a arrastrarse por el suelo a cuatro patas, pero el licor había disminuido la fuerza de sus músculos, estaba en otro mundo, tragó agua y comenzó a toser.

David pasó primero, Jonathan sentía las olas que creaban las patadas de su amigo. Cada brazada era un esfuerzo, pero por pura voluntad se impulsó hacia el otro lado.

Con un aullido, David se afirmó y subió a la roca. Borracho, rio y colocó los brazos en un gesto de victoria. Jonathan nadó hacia la playa y apoyó los pies en el fondo. El agua le llegaba hasta la cintura. Escupió y se puso las manos en las caderas. Volvió a escupir y sintió que las náuseas le cerraban la garganta. El beodo parloteo de David le causaba remolinos en la cabeza. ¿No podía simplemente callarse?

Como si hubiera oído los pensamientos de Jonathan, David guardó silencio. Bajó lentamente los brazos y se levantó, estiró la cabeza hacia delante y fijó la mirada en el otro lado del lago.

—¡Qué demonios! —dijo.

Un grito de pánico resonó por el lago espejado. Jonathan se volvió y vio fuego delante de la cabaña. Le llevó varios segundos comprender que era un niño en llamas. David saltó de la roca y se arrojó al agua.

Jonathan se quedó paralizado, el alarido lo apuñaló, se quedó mirando la antorcha que se movía en la oscuridad al otro lado del lago.

David se había alejado un poco. En ese momento, como una detonación tardía, la adrenalina recorrió de manera explosiva las venas de Jonathan hasta llegarle a la cabeza. La parálisis desapareció y se arrojó al agua.

“Concéntrate”, pensó. “No pierdas tiempo”. Las palmas de sus manos presionaban la masa de agua. Se concentró en la respiración, en girar la cabeza hacia la izquierda, respirar, cuatro brazadas, respirar, cuatro brazadas. Comenzó a nadar a braza para ver dónde estaba David, cuando de pronto vio la silueta de su cuerpo salir a la superficie. La puerta de la cabaña estaba abierta y se veían brillar las llamas de color anaranjado dentro de la habitación.

Jonathan se acercó a la playa y nadó rápido el último tramo. El niño que ardía logró arrojar al lago y apagar su ropa en llamas. Se oyó un gemido débil cuando David puso las manos bajo las axilas del niño y llevó su cuerpo flojo hacia la orilla del agua. Por un instante Jonathan se quedó allí. Bajo el brillo de las brasas vio la piel blanca de los brazos del niño. Un grito lo hizo volver en sí. Junto a la tienda vislumbró las siluetas de varios niños. Uno de ellos estaba a cuatro patas y tosía.

Las plantas de sus pies golpeaban con fuerza mientras se apresuraba a llegar a la fogata. A través de la puerta abierta vio que las llamas furiosas subían desde la alfombra colocada frente a la chimenea. Corrió hacia el vestíbulo, se inclinó y gritó con las manos ahuecadas a cada lado.

—Todos deben salir, ¡afuera!

El olor era agrio y el humo se atascaba en sus pulmones.

En el crepitar del fuego se oyó el débil gemido de alguien que lloraba.

—¡Ya voy!

Se apresuró a cruzar la puerta y respiró hondo varias veces

antes de entrar otra vez, cayó de rodillas y gateó por el suelo. El llanto provenía de una de las literas superiores del lado izquierdo. El fuego se había extendido desde la alfombra hasta el colchón y la cama inferior del otro lado. Las mochilas y la ropa de la cama de abajo estaban ardiendo, y un instante después las llamas se extendieron. Sería cuestión de segundos que la pila de colchones de gomaespuma encajados entre las cabeceras y la pared comenzara a arder.

Se levantó y puso un pie en el escalón, se aferró del poste que unía las dos secciones de camas y trepó. El humo rodaba bajo el techo. El calor le quemaba el rostro, le escocían y picaban los ojos. Palmeó colérico sobre el colchón. ¿Se había equivocado? ¿Entendió mal de dónde venía el llanto de la niña? Quería gritar, pero pensó que debía ahorrar oxígeno. A través del humo vio un movimiento junto a la cabecera de la cama. Estiró el brazo y sujetó una muñeca. La niña estaba boca abajo. Deslizó hacia él el cuerpo y jaló de las piernas sobre el borde hasta que la parte superior del cuerpo llegó al extremo de la cama. Lagrimeaba, parpadeaba con los ojos entrecerrados. Al final tuvo que cerrarlos. El fuego chirriaba y crepitaba. Sentía un enjambre de aguijones ardientes en la espalda y en la parte trasera de la pierna. En solo segundos el calor había aumentado varios cientos de grados. Los pulmones le ardían. Apretó los labios y se armó de valor para no respirar el humo. Le daba la impresión de que la habitación se mecía, las náuseas le presionaban desde el estómago y le corrían por la garganta. Las fuerzas comenzaban a abandonarlo. “¡Concéntrate!”, gritó su voz interior. Sujetó con decisión la cintura de la niña, afirmó el cuerpo sobre el borde de la cama y dio un paso hacia el suelo. Se quemó el pie descalzo. Se sacudió de dolor y tropezó, pero logró mantener el equilibrio. Sosteniendo con fuerza a la niña, avanzó en cuclillas hacia la puerta y salió.

El aire helado le llenó los pulmones. Las piernas le temblaban

cuando corrió hacia la tienda y con cuidado recostó a la niña en el piso. Era Lisa. Gimiendo, la pequeña se acurrucó a un lado y tosió en breves convulsiones.

David llegó corriendo desde el lago, siguió adelante y se metió directamente en la casa.

Jonathan tropezó y corrió detrás de él, pero se detuvo en la escalera. El calor lo golpeó. Un humo grueso y negro serpenteaba a través de la puerta. Dudó y retrocedió algunos pasos. Volaban torbellinos de cenizas en el aire y le llenaban la boca de un horrible gusto aceitoso.

—¡David! —quiso gritar, pero su voz era un ronco susurro. David salió de pronto, tosiendo violentamente. Jonathan lo sujetó fuerte por los hombros y lo alejó—. ¡No se puede entrar ahora! —le gritó, sin saber si lo había oído.

Jonathan se volvió. Lisa aún estaba en el piso, alguien se había sentado junto a ella y la acariciaba mecánicamente en la espalda. Detrás de la tienda, vislumbró a los otros niños.

—¡Deben de haber salido todos! —gritó al oído de David para superar el rugido del fuego.

Sin haberlo oído, su amigo corrió otra vez a la casa. Jonathan trotó detrás de él tosiendo.

El fuego se escapó de pronto por el hueco de la puerta, tocó el tejado y lanzó largas llamas anaranjadas hacia el cielo. El calor los empujó. Retrocedieron. David perdió el equilibrio y cayó. Rápidamente Jonathan pudo sujetarlo, lo levantó y lo empujó hacia atrás.

Las llamas se reflejaban en los ojos húmedos de David. Nuevamente intentó entrar en la cabaña. Jonathan le rodeó la cintura con los brazos, lo empujó al suelo y se arrojó sobre él. David movía la cabeza de lado a lado, protestando, mientras intentaba liberarse.

—¿Quién se quemó? —gritó Jonathan. Se sentó a horcajadas sobre David y le sujetó las muñecas contra el suelo.

—El niño nuevo. —Hizo una mueca de disgusto—. Suéltame.

Jonathan lo soltó y se levantó. Observó cómo su amigo se incorporaba y se frotaba los nudillos contra los ojos entreabiertos.

Jonathan levantó la mirada, corrió hacia la silueta que estaba junto a la orilla del lago y cayó de rodillas. Bajo la luz de la luna vio restos del cabello quemado y las ropas carbonizadas. En el cuello, los brazos y la frente, la piel colgaba en jirones. Con cuidado, levantó a Peter, lo mojó y hundió su cuerpo en el agua. Retrocedió unos pasos hacia la orilla. Con el niño sobre el regazo, se sentó sobre el lecho. Poco a poco fue llenando el cuenco de su mano con agua y la fue echando sobre el cuero cabelludo y las mejillas chamuscadas del niño.

—No quería encenderse... salpiqué con la gasolina... y explotó —murmuró Peter entre jadeos.

Jonathan cerró los ojos con fuerza, el pecho se le convulsionó en un espasmo.

—Falta un niño —dijo la voz de David detrás de su espalda. El estridente llanto de los niños penetraba los jadeos de Peter.